

El mal no tiene la última palabra

Luis A. Aranguren Gonzalo

Caritas. Miembro del Instituto E. Mounier.

El agua blanda hasta a la piedra acaba por vencer.

B. Brecht

En un tiempo de crisis de civilización como el que nos toca vivir, resultará más o menos escabroso inventar, sugerir y proponer alternativas que espabilen nuestra mente y nuestro espíritu y nos sitúen en una encrucijada donde al menos encontremos sentido a lo que hagamos, y reencontremos con más o menos vigor la utopía de la solidaridad efectiva o, cuando menos, la de un mundo más humano. Pero esta esperanza se torna abatimiento cuando nos topamos con la realidad inextinguible del mal, esto es, cuando nos encontramos con nosotros mismos, sujetos hacedores del mal que no queremos y espectadores que nunca terminamos de asistir al bien que deseamos.

Del mal está dicho casi todo; no seré yo quien abunde en consideraciones que busquen más explicaciones a lo inexplicable o más desentendimiento a lo que en verdad nos afecta. El mal nos trasciende en tanto que no acertamos a integrarlo y, sin embargo, no lo tenemos ahí fuera; habita en nuestras personas, en nuestras actitudes y actuaciones, si bien nuestras intenciones a menudo son inmejorables. El mal permanece anclado en la realidad. Más que hurgar con bisturí la realidad del mal, intentaré expresar las posibilidades de sentido que pode-

mos encontrar en experiencias de sinsentido, de sufrimiento y de dolor.

1. Ese compañero de camino que es el mal

La persona carece de la tosqueidad necesaria para sumergirse totalmente en la oleada del estadio puramente biológico y no posee tampoco la gracilidad que le permita elevar el vuelo hacia el mundo de los espíritus puros. Si bien rebasa el ámbito de la pura animalidad, su voluntad de aspiración se torna en forma de tanteo, no es algo dado; en este sentido, al decir de Lacroix, la persona es lo que hay de movimiento para ir siempre más lejos. Y en ese movimiento dinámico que constituye la persona se marca su capacidad para permanecer constitutivamente abierta hacia sí misma como realidad, hacia los otros, hacia el mundo en su conjunto y hacia Dios. La persona permanece abierta *hacia*; es lo que Zubiri considera como el carácter de la persona de quedar expuesto en cada situación. Expresado de otro modo, la persona debe definirse forzosamente en cada situación: se halla expuesta a situaciones imprevisibles, y en cada una de ellas

debe adoptar unas decisiones que van a contribuir a modelar su propia figura de realidad, van a contribuir a su personalización. Esto quiere decir, desde un punto de vista más existencial, que este carácter de estar *expuesto a* conlleva en cada uno de nosotros vivir sometidos a la ley de la inseguridad permanente que cada situación de suyo nos plantea. Ese animal inseguro que es la persona está expuesto al riesgo, al fracaso, al mal moral. Lacroix acertó a definir al ser humano como peregrino, condenado a un éxodo permanente, a la eterna búsqueda que lleva consigo la doble posibilidad de lo inhumano y de lo sobrehumano. Eso es lo que somos: permanente doble posibilidad, lo que nos hace convivir, lo queramos o no, con el mal que se instala en el corazón de cada uno y en el corazón de nuestro mundo.

2. ¿Condenados a ser malos?

Ante la disposición del hombre al bien y la propensión del mismo al mal, según la conocida observación de Kant sólo cabe reconocer la eminente fragilidad del ser humano, por encima de cualquier otra consideración catastrofista o culpa-

Filosofía para un tiempo de crisis

bilizadora. Ricœur acertó a describir a la persona en términos de *labilidad*: cada uno estamos marcados por la posibilidad del mal moral, si bien no estamos abocados necesariamente a ello. Lo cierto es que entre la intención que somos y los actos que realizamos se abre un abismo que no es ajeno a nosotros mismos sino que, por el contrario, constituye el espejo en el que nos podemos reconocer: somos coincidencia, des-proporción o, en otras palabras, finitud. La estructura de la finitud humana encierra en sí misma la labilidad, y no tanto el hecho de haber realizado el mal o el mal mismo entendido como acontecimiento. ¿Esto significa que todas las salidas se encuentran cerradas? No lo creo así. Comprender al hombre como posibilidad es aferrarse a su constitutivo carácter de realidad abierta y, por ende, no clausurada en sí misma, ni en sus propios actos ni en sus pequeñas o grandes miserias. Si bien es cierto que por ser realidad frágil la persona puede realizar el mal, por ser eminente apertura también está lanzada hacia otro tipo de posibilidades.

Desde la vertiente de la realización del mal, la labilidad es la expresión de la posibilidad entendida como capacidad: la capacidad de hacer mal. Sin embargo, desde el punto de vista de la persona toda, esta capacidad puede entenderse de dos maneras. En primer lugar, la capacidad como función negativa, esto es, como la efectiva capacidad de hacer mal, la propensión al mal de la que habla Kant. Sin embargo, existe en el ser humano la capacidad entendida como promoción, desde el momento en que el hombre es capaz de hacer el mal, pero también es capaz de reaccionar ante ese mal o ante los efectos que ese mal ha producido en otros. La conversión se hará verdad si la persona es capaz de tomar el mal realizado y el mal que percibe en su derredor como una instancia de su realidad personal, que convierte en

posibilidad de cambio efectivo en el marco de un proyecto de vida libremente elegido.

3. ¿Ajo y agua o agua, azucarillos y aguardiente?

Ni una cosa ni la otra. Ni la dolorista resignación inoperante, ni la posmoderna versión del «comamos y bebamos que mañana moriremos». Ambas posturas se tornan verdaderas imposturas cuando lo que está en juego es la cancerosa expansión de un mal que en el Norte rico ha degenerado en un mundo roto (Marcel), repleto de bienes que satisfacen necesidades no plenificantes, al tiempo que el corazón de ese cansado mundo ha dejado de latir y, por otra parte, en el Sur perpetúa la miseria dejando a la deriva una población que ni siquiera se considera legión extranjera sino legión a extinguir, porque la población del Sur se antoja para la seguridad del Norte población sobrante. El mal en forma de sufrimiento, dolor y empobrecimiento está ahí; no podemos negar su realidad, quizá tampoco explicarla del todo, pero sí nombrarla y, en lo posible, desenmascararla. Así, pues, ¿qué hacer ante el mal que nosotros mismos realizamos y ante el que somos co-responsables en nuestra aldea global? Queda mucho por hacer; y a tal fin es preciso dotarnos de lucidez para dar nombre a las cosas, para descubrir nuestras propias posibilidades, para ir más allá de la inercia catastrofista o

evasiva. Siguiendo la idea de Ella-curía, entiendo que habérselas con la realidad del mal implica un proceso que se articula, al menos, en tres tiempos.

- *Afrontar la realidad del mal.* Mirarlo a la cara y realizar una labor de discernimiento sosegado y desapasionado. En este sentido, la moralización del mal personal en forma de culpabilidad ha fomentado la excesiva culpabilización y su derivación en distintos tipos de patologías. En este terreno hemos de reconocer que en la Iglesia católica hemos fomentado históricamente un cierto *culpabilismo* paralizante, llegando en ocasiones a interpretar la parábola del Buen Samaritano desde la búsqueda de culpables y olvidando la solidaridad efectiva con la víctima. No sólo es preciso despertar con todos los sentidos ante la realidad del mal y llamarla por su nombre sino que, siguiendo a Jon Sobrino, urge despertar del sueño de la cruel inhumanidad en la que vivimos casi sin darnos cuenta; y urge pensar no sólo por nosotros mismos, lo cual no es poco, sino que importa pensar la verdad de las cosas tal y como son, no tal y como nos aparecen o nos gustaría que fuesen. En este sentido, en lo personal actúan ambiciones, celos, codazos y tantas otras actitudes que engendran mal, dolor y sufrimiento no deseados, pero reales. Y, en lo estructural, el mal tiene nombre de hambre, de paro, de miseria, de exclusión social, de arrinconamiento de los Derechos Humanos..., cuyas causas económicas, políticas o sociales nos hablan de que no se trata de realidades intocables, sino rectificables.

- *Cargar con la realidad del mal.* Sólo podemos cargar con esta realidad si respondemos eficazmente a ella, si nos hacemos co-responsables de su superación, en la medida de nuestras posibilidades; el mal es mucho y nosotros muy frágiles, pero nuestra voluntad de supera-

Filosofía para un tiempo de crisis

ción ha de echar un pulso al espectáculo de una casa en llamas, sabiendo que tenemos al menos un cubo de agua al alcance de la mano. En lo personal, cargar con el mal que yo mismo causo significa capacidad para convertir esa instancia maligna en posibilidad de conversión creativa; cuando el mal que uno realiza deviene culpa moral o religiosa sana, el arrepentimiento supone una voluntad de cambio y de mirada esperanzada hacia un futuro que está por inventar. Mientras que el remordimiento es la expresión del tiempo parado y eternizado, el arrepentimiento nos libera del determinismo del pasado y, distanciándose de la acción, condena el hecho pero no a la persona, puesto que entendemos –con Pannenberg– que «no hay ninguna parcela de nuestra vida pasada que, en su significado y en su valor, no pueda ser modificable, en la medida que, en cuanto parcial, puede ser reintegrada, en un orden nuevo, al sentido total de nuestra existencia» (Pannenberg, W., *Antropología en perspectiva teológica*, p. 69). Desde el punto de vista estructural, cargar con el mal significa ponerse de parte de las víctimas, de los sufridores de un mal en ocasiones evitable. Lévinas nos ha hecho ver que la lógica de esta responsabilidad parte del protagonismo ineludible del otro; al cargar con el otro como servicio, estoy respondiendo hasta el punto de sentirme responsable de su suerte sin esperar la recíproca.

- *Encargarse de la realidad del mal* historizando el bien que humaniza; o, lo que es lo mismo: al mal no se le sufre en silencio, al mal se le combate porque el hombre contiene grandeza moral. Si es verdad

que el hombre padece la experiencia desconcertante del mal, no es menos cierto que el hombre está hecho para el bien y para la felicidad, aunque las perciba en pequeñas dosis. Y al mal se le combate en forma de revolución moral, como acertó a describir Péguy: la revolución o es moral o no será nada, lo cual implica un talante místico que vaya más allá de la política del momento; vivir en el ámbito de la mística –asegura Lacroix– presupone la experiencia de no habituarse a la miseria, a la penuria y al mal en todas sus formas. Desde este talante hemos de reconocer que el combate en cuestión está en marcha de muchas maneras, en muchos y diversos frentes y de modo pacífico y creativo; pero, ¡claro está!, eso no es noticia. Acompañar a enfermos terminales, educar desde claves de enseñanza no reglada, instaurar procesos de inserción socio-laboral con colectivos excluidos, alentar a los más desfavorecidos, forma parte del trabajo de muchas personas de bien, que no se limitan a «hacer mucho bien», sino que instauran alternativas de acción-reflexión donde se va haciendo verdad la utopía de un mundo de personas que se reconocen recíprocamente como tales viviendo en comunidad.

Encargarse de la realidad del mal, en último término, supone reconocer nuestra limitación ante una realidad que nos sobrepasa, pero ante la que no capitulamos. Con ser un misterio, el mal no nos dispone a meter la cabeza bajo el ala; tampoco alienta en nosotros delirios de omnipotencia ni, por el contrario, nos aboca a la consideración del hombre como pasión inútil, como engendro destinado al fracaso total. Modestamente, entiendo que reconocer el misterio del mal y la limitación de nuestro combate por su erradicación conlleva abrir nuestra razón a dimensiones incomprensibles y no tangibles y desde ahí apostar por el sentido, no como solución fabricada de antemano sino como dirección que seguimos a tientas en medio de constantes incertidumbres. Desde este modo de ver las cosas, la apuesta por el sentido es la apuesta por un Dios que, lejos de tapar nuestras carencias y de venir desde fuera a intervenir en nuestros problemas, es un Dios que deja hacer, que no evita el mal porque ya está entre nosotros sufriendo con el que sufre; en palabras de Bonhoeffer: «Dios es impotente y débil en el mundo, y sólo así está Dios con nosotros y nos ayuda» (*Resistencia y sumisión*, p. 210).

Cuando tomamos el mal como eje y centro de nuestra visión de las cosas, estamos abocados al sin sentido absoluto. Salir de ese círculo cerrado es abrirse a la esperanza; ella ya es, en sí misma, apertura: apertura a la realidad toda. Esperar –decía Marcel– es dar crédito a la realidad. Y esperar que el bien triunfará sobre el mal es poner alma, corazón, acción y pasión en tal empeño.